

25/3/62 1091

Horizontes
de la Cultura

ARGHEZI

La palabra en su sitio

por Diego Miran

Todas las lenguas tienen su poesía, todas tienen su gran poesía. Cuando se piensa en esto se sabe cuán vasta e irremediable es nuestra ignorancia. Somos, en el mejor de los casos, expertos en la literatura, en la cultura, de nuestra lengua y en las que influyen en nuestra lengua. Y, así y todo, poco sabemos, porque hay voces menores en el propio idioma (y pienso en los "clásicos olvidados", en Bocángel o Vidalón, por ejemplo) que apenas hemos escuchado, como las palabras opacas que nos alcanzan desde una habitación vecina. Hay mundos por descubrir que no descubriremos sino gracias a una traducción. Tal acontece con la obra poética de Tudor Arghezi, poeta rumano que en 1927, con su libro "Palabras en su sitio", hizo su aparición en las letras "como un bólido", a la edad de 47 años.

Rafael Alberti y María Teresa León, que han vertido a Arghezi al español en edición reciente (Losada, 1961), nos introducen a la obra del lírico rumano relatándonos brevemente su vida. Nació en 1880, en un pueblecito de Oltenia, hijo de campesinos. Seminarista ortodoxo, sus primeros poemas merecen la reprobación de sus superiores, lo cual lo obliga a marchar a Suiza para ingresar a un convento menos riguroso. No dura en él y sale del claustro para dedicarse a la joyería, como artesano. En 1911 retorna a su patria y sólo 15 años después de este retorno publica su primer libro. Sus poemas, recibidos por los críticos como una verdadera revolución poética, le causan dificultades. En ellas, vencíendolas, pasará toda su vida —durante la cual sufre el campo de concentración nazi— hasta 1947 en que se le concede el premio nacional que antes se le había negado y cuando alcanza una curul en la asamblea nacional. Las publicaciones con su verso y su prosa hoy se agotan en cuanto salen de las prensas.

Arghezi une la maestría de la expresión, que busca con trabajo y sensibilidad, y la tradición popular, y junta también la conjugación de esta tradición con un sentido del progreso. Sus logros son resultado de una experiencia de ochenta años. De un romanticismo simbolista inicial ha llegado a una libertad creadora que se nutre de saber y amor, y que por lo tanto su más alto fruto es la canción:

Se diría que un creciente
de luna cayó en el huerto
y le pusieron un mango
para fijarlo mejor.

Como avanza a contrapelo
en el juncal trigo esbelto,
se diría que es la luna
quien comienza la cosecha...

("La hoz")

Pero esta entonación es la que corresponde a la paz. En la guerra, en el combate, en la lucha que, abierta o subrepticamente, emprenden los enemigos de la verdad, Arghezi hace de su canción cántico, de su poesía de campesino que celebra la comunión del hombre y la tierra un himno para defenderla y defender a la patria.

En un salvaje impulso has ido a las estrellas
y con una de ellas encendida volviste.
Con eso que tu mano quemó cuanto escarbabas,
la blanca y alta brasa del cielo, estás vengado.
Su llama la pusiste en el hogar vacío.
Esta fue tu primera rebelión victoriosa.

("Hasta las estrellas").

Tudor Arghezi vive entre su pueblo reverenciado como un maestro. En la traducción de Alberti y María Teresa nos llega el eco de su grandeza, apoyada no sólo en la poesía sino en la indolegable decisión de ser fiel a los suyos y a su misión de conductor por la poesía, por la palabra puesta en su sitio.